

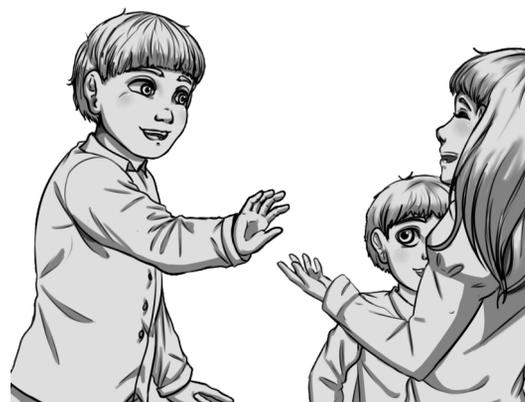
Carta del Padre Boisdron a los jóvenes dominicos de hoy

Queridos jóvenes: probablemente muchos de ustedes no me conozcan demasiado por eso no quería perder esta oportunidad para presentarme y compartir un poco de mi vida y experiencia como joven, contarles como fui aprendiendo a seguir a Jesucristo y a comprometerme desde la Iglesia y la orden Dominicana con la realidad social que me tocó vivir.

Todos me conocen más como Fray Ángel María Boisdron, Fray Ángel o el Padre Boisdron; en realidad este es el nombre que asumí cuando ingresé a la Orden de los Dominicos, pero el nombre que eligieron mis padres cuando me bautizaron fue Jean Adrien Boisdron.

Nací el 10 de enero de 1845 en Francia, en un pueblito llamado Montmoreau, en la provincia de Charente, que tenía como capital a la hermosa ciudad de Angoulême.

Tuve seis hermanos: Catherine, Pierre, Jean, Joseph, François y Menäide Paulonie; mi padre fue Pierre Boisdron y mi madre Leonard Brunet.



Como muchos de ustedes saben, el 1789 se produjo la Revolución Francesa a la cual le seguirían otras revoluciones y grandes cambios en el mundo moderno,. Esto generó mucha inestabilidad, profundas transformaciones sociales y una gran pobreza en mi país.

Yo fui creciendo en ese contexto; pude experimentar el dolor de la guerra, el hambre y la pobreza. Muchas personas desvalidas morían por el frío y el hambre; cientos de niños fallecieron también víctimas de las enfermedades y de los escasos servicios de salud con que se contaba en esa época.

Mi familia no fue la excepción frente a esta situación, cuatro de mis hermanos murieron a temprana edad, fue un gran sufrimiento para mis padres, pero a pesar de ello, siguieron trabajando y luchando para que pudiésemos tener los cuidados necesarios y sobre todo una buena educación, ya que eso también era un privilegio para quienes podían acceder a ella.

Mamá era ama de casa y mi papá cartero rural, éste era un oficio muy respetado ya que muchas personas no sabían leer ni escribir y él podía hacer posible que los mensajes, las noticias y las informaciones llegasen a casi todo el pueblo.

Preocupados por brindarme una buena educación, mis padres me llevaron a la escuela de mi pueblo para que pueda aprender a leer y a escribir y luego me enviaron a un pueblo vecino llamado Jugnac para asistir a una pequeña escuela parroquial, allí aprendí a dar los primeros pasos en mi formación general, estudiando también latín y griego. Luego con mucho esfuerzo, mis padres me impulsaron a realizar mis estudios secundarios en el seminario de la diócesis de Angoulême, con la secreta intención que yo eligiera la carrera sacerdotal.



Mientras yo estudiaba ahí, conocí a un fraile dominico, al Padre Mateo Lacomte, quien solía predicar los ejercicios espirituales a los

alumnos del seminario. A través de él conocí la Orden de Predicadores y me sentí muy atraído a elegir ese estilo de vida, lo que me motivó a dejar el seminario y solicitar el ingreso al noviciado en el convento de Lyon.

En aquella época, estudiar en el seminario y ser sacerdote era una oportunidad para ayudar económicamente a mi familia y mis padres tenían muchas expectativas en eso, en cambio, ingresar a la orden de Predicadores como religioso implicaba hacer voto de pobreza, con lo que no iba a poder ser el sostén económico que ellos esperaban.

Sufrí mucho al no sentirme acompañado por mis padres y sentía dolor por no poder satisfacer las expectativas que ellos tenían sobre mí.

Viví momentos de mucha ansiedad y angustia pero yo deseaba profundamente conocer la voluntad de Dios en mi vida. Tengo presentes todavía aquellas horas muy dolorosas en las cuales aceptar el llamado de Dios o rechazarlo me provocaba la misma confusión.

Las conversaciones con el padre Lacomte y las cartas que me escribí con él durante este tiempo me ayudaron a tomar la decisión definitiva y manifestarle a mi padre la resolución de ingresar al noviciado de los Padres Dominicos. Siempre es bueno contar con el acompañamiento de alguien que nos ayude en nuestros discernimientos!



Finalmente en 1862 ingresé a la Orden de Predicadores y realicé mi Noviciado en Lyon. Estudié filosofía y teología en el Centro de formación de la Orden Dominicana en Carpentras y el 1869 recibí la Ordenación sacerdotal en Avignon.

Luego de ser ordenado fui asignado al convento de Poitiers en donde me dediqué a las misiones rurales en zonas cercanas a la ciudad. Tres años después regresé a Carpentras y allí asumí la docencia en filosofía e historia eclesiástica. Estando en ese convento recibimos la visita de un fraile de Argentina, Reginaldo Toro, quien nos invitó a los más jóvenes a viajar a la Argentina para colaborar con la predicación en ese país.



Un 29 de febrero de 1876, dejaba mi Francia natal y partí hacia América Latina, con muchas expectativas pero también con cierta nostalgia. Navegamos un largo mes hasta arribar el 2 de abril al Puerto de Buenos Aires.

Argentina me recibió con la misma calidez que recibía a tantos extranjeros e inmigrantes que por diferentes motivos arribaban a estas tierras.

Unos meses después, en septiembre de 1876 me destinaron al convento de Santo Domingo en la provincia de Tucumán.

Durante el viaje, a medida que el camino avanzaba, el paisaje cambiaba mágicamente en sus dimensiones, colores y formas; la gran ciudad y su inmenso Río de la Plata se fue perdiendo en el horizonte y un inmenso cielo azul con coloridos cerros iban abrazando mis sentidos junto al verde intenso de los árboles y la exuberante vegetación de esa región tan selvática.

Quién diría que una provincia tan pequeña y tan lejos de mi tierra natal inundaría mi corazón de alegría,

regalándome numerosos amigos e invitándome cada día más a comprometerme con la Predicación y el trabajo solidario.

El convento se volvió un lugar de mucha vida y oración. Al igual que Santo Domingo me sentía con el entusiasmo y la convicción de “Hablar de Dios a los hombres y de los hombres a Dios”.

Tuve la gracia de que muchos laicos acompañaban y animaban también mi compromiso, junto a ellos fundamos numerosas asociaciones donde nuestras acciones se acompañaban con la oración, el trabajo por los más necesitados y la vida fraterna.



Por supuesto que a veces la tristeza y el dolor me invadían al ver también la pobreza, las condiciones laborales de los campesinos en los cañaverales, el hambre y las injusticias sociales; pero una de las cosas que más



me dolía era, muchas veces, la indiferencia de otra parte de la sociedad. Sobre estos temas conversábamos muchas veces con jóvenes inquietos que frecuentaban el convento: Ernesto Padilla, Alberto Rougés y Juan B. Terán entre muchos otros, y con ellos comenzamos a pensar en las leyes que eran necesario formular para que el orden social pueda ser transformado. Me dediqué a preparar conferencias y a publicar en la prensa artículos, cuyos contenidos ayudaran a tomar conciencia sobre las injusticias sociales que había en nuestra sociedad.

Una de las experiencias más fuertes que me tocó vivir en Tucumán fue la devastadora epidemia de cólera en 1886. Imágenes aterradoras, las personas con miedo y a la vez desconcertadas, tratando de salvarse y huir de la peste; muchos no pudieron lograrlo y lamentablemente los más vulnerables, los más pobres y desamparados quedaron expuestos a la muerte, a la exclusión, al olvido... éstas imágenes me recordaban por momentos, el mismo dolor de la Francia de mi infancia.

Las farmacias cerraban sus puertas, los centros sanitarios no daban a basto, las calles desoladas y las casas oscuras... cuanta impotencia y dolor!!

Yo no podía ser indiferente, no podía cerrar las ventanas de mi convento y esperar a que la epidemia pasara; esos niños solos, apartados por temor al contagio necesitaban no sólo medicinas, casa y comida; necesitaban abrazos, cariño, amor...

Salí a la calle, era urgente hacer algo concreto porque ese dolor no se curaba sólo con buenas intenciones y hermosas palabras, era necesario comprometerse!!!

Y decidí ir a visitar a Doña Elmina Paz Gallo, quien estaba viviendo en una quinta en las afueras de la ciudad, donde intentaba recuperarse del reciente fallecimiento de su esposo, Don Napoleón Gallo. En la quietud del paisaje y alejado un poco de toda la convulsión en la ciudad, aproveché también para rezar mucho por todo lo que estaba pasando. Mientras tomábamos unos mates le comenté a la señora de los trágicos acontecimientos en la ciudad y confiando en esa inmensa generosidad que siempre la caracterizó, me anime a preguntarle: “Usted señora, podrá hacer algo por estos pobres niños?”, yo esperaba una colaboración con algo de dinero como para poder comprar algunas medicinas, alimentos o ropa para los niños huérfanos... ella

permaneció en silencio unos instantes, me miró a los ojos y con su mano en el corazón me dijo: “Mi Padre, a los niños pobres los ayudaré no sólo con mi dinero, sino con mi vida toda. Yo los cuidaré, mi casa será la de ellos”. Ahora el silencio era mío, era evidente que Dios hablaba y actuaba en ella.

Y así fueron las cosas, ese gesto valiente y generoso no terminó solamente recibiendo a los niños en su casa y amándolos como hijos propios, sino que ese amor se hizo tan grande que no podía repartirse solamente entre las personas, sino que deseaba ser entregado también a Dios. Fue así que un tiempo después la señora Elmina y aquellas amigas que la acompañaban en esta obra, decidieron entregar su vida a Dios asumiendo la vida religiosa. Tuve la gracia, la responsabilidad y el compromiso de acompañar a este grupo de mujeres en la preparación espiritual y en la organización de lo que, al poco tiempo sería el primer Asilo de Huérfanos de Tucumán y la Congregación de las Hermanas Dominicas del santísimo Nombre de Jesús.

Es necesario tener la sabiduría y la humildad para discernir cuándo habla Dios y qué nos pide, sabiendo además que solos no podemos hacer nada, los proyectos se construyen junto a otros y a eso yo también pude experimentarlo.

Acompañé a las hermanas dominicas en la fundación de Asilos, conventos y colegios en diferentes provincias de Argentina, al mismo tiempo que continuaba asumiendo mis tareas como fraile predicador en el púlpito, a través de la prensa, dando clases y acompañando a los diferentes grupos de laicos que se sumaban en el compromiso evangelizador.

En 1894 fui destinado a la Universidad de Friburgo en Suiza, para ser profesor de teología en ese nuevo centro de estudios. Y luego de 4 años en 1898 regresé a Tucumán a continuar la obra que ya había comenzado junto a las hermanas.

Mis obligaciones como fraile implicaron que por largos periodos tuviese que vivir fuera de Tucumán y realizar diversos viajes por el mundo, pero era en Tucumán donde sentía que había echado fuertes raíces y tuve la posibilidad de regresar varias veces y vivir allí e diferentes oportunidades. Así fue que al celebrar mis bodas de oro sacerdotales pude hacerlo con los amigos de Tucumán, nunca olvidaré tantas muestras de afecto que quedaron guardadas en la memoria de mi corazón.

Continué trabajando, predicando y estudiando en Tucumán, en este rincón del mundo donde Dios me regalaría la posibilidad de que mi vida se mezclara entre el verde de los cerros y la calidez de los amigos.



El Padre Ángel María Boisdron falleció en Tucumán el 18 de octubre de 1924, sus restos descansan en la capilla del Dulce Nombre de las Hermanas Dominicas en san Miguel de Tucumán junto a la Madre Elmina Paz Gallo.